

constancia admirable el horrible tormento de que le rompiesen las piernas y le cortasen los piés y las manos, y de ser azotado hasta que todas sus entrañas salieron de su cuerpo destrozado; y si los veintitres cristianos, sus compañeros de prision, imitaron su valor, muriendo por la misma causa, fué porque habian asistido á las exhortaciones que Natalia habia hecho á su esposo (1).

Pero no debemos olvidar los rasgos de heroismo que manifestó esta mujer sublime en el martirio de su amado esposo. Estando prohibida á las mujeres la entrada en las prisiones, por la razon que hemos indicado ántes, Natalia se vistió de hombre, y con este disfraz pudo llegar hasta su esposo y prodigarle todos los cuidados de su amor y todos los consuelos de la fe. Cuando llegó la hora de quebrar los huesos á los mártires, temiendo Natalia que su amado Adrian perdiese la corona, pidió á los verdugos que comenzasen por él su horrible ministerio. Ellos acceden á su peticion, colocan sobre el tajo la pierna del mártir, y su heroica esposa es quien tiene sujeta esta pierna bajo el martillo; crueles golpes resuenan en su corazon: ella ayuda tambien á los verdugos á cortar los piés á su esposo (2). Mas la sentencia brutal del tirano mandaba que se cortasen tambien las manos á los nobles confesores, y Natalia dijo á su esposo á este propósito estas animosas palabras: «Adrian, mi señor y siervo de Jesucristo, te suplico que extiendas tambien tus manos para que te las corten, á fin de que seas semejante en todo á los otros santos mártires que han sufrido mucho más que tú» (3). El bienaventurado Adrian ofrece á Natalia sus manos sin decir una palabra; ella las coloca sobre el tajo, el verdugo las cor-

(1) «In carcerem cum aliis viginti tribus christianis coniectus est: ubi eum visitans Natalia uxor, quæ et ipsa antea in Christum crediderat, ad martyrium incendit. Itaque è custodia eductus, tandiu flagellis cæsus est, donec intestina difluerunt. Demum fractis cruribus, manibus pedibusque præcissis, una cum multis aliis martyrium feliciter absolvit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Id ut vidit B. Natalia, occurrit lictoribus, rogavitque ut ab Adriano inciperent. Obtemperarunt carnifices, et cum imposuissent Adriani tibiam super incudem, B. Natalia pedem ejus apprehendens, extendit super incudem; carnifices vero, multa vi cedentes, amputarunt pedes ejus et crura confregunt.» (*A. Lap., in 1, ad Cor., VII.*)

(3) «Præcor te, mi domine, serve Christi, dum adhuc in te hæret spiritus, extende etiam manum, ut amputent eam, ut sanctis martyribus similis efficiaris per omnia: majora enim supplicia illi perpesi sunt quam tu.» (*Ibid.*)

ta, Adrian espira (1) y Natalia exclama: «¡Sea Dios bendito! ¡Él ha asegurado su suerte! ¡Él ha subido al cielo, él me espera allí, y yo le seguiré muy pronto!»

§ XV.—Sublimidad del amor materno de la mujer cristiana.—Fortaleza de una madre que lleva su hijo á la Iglesia para partir con él la gloria del martirio.—Santa Sinfrosa, y su perseverancia en animar á sus siete hijos para confesar á Jesucristo.—Gloriosa confesion de los siete hijos de Santa Felicitas en presencia de su madre.—Alegria y dolor de esta sublime madre al presenciar sus horribles tormentos y su muerte.—Elogio que San Agustin y San Gregorio han hecho de esta sublime mártir.

Estos prodigios de heroismo que ha manifestado la esposa cristiana, animando á su esposo á morir por la confesion de Jesucristo, nada son en comparacion de los prodigios de heroismo que ha manifestado la madre cristiana animando y ofreciendo sus propios hijos al martirio por la misma causa. Esto consiste en que las madres educadas en la escuela del Evangelio, bien diferentes de esas madres carnales cuya ternura puramente humana no tiene más objeto que el de asegurar á sus hijos los bienes perecederos de la tierra, procuraban ante todas cosas asegurar á los suyos la felicidad inmortal del cielo. Así, pues, todos sus cuidados se dirigian á conservar en aquellos seres queridos, con la gracia de la inocencia; la gracia de la fe que habian recibido en el bautismo, y enriquecerlos cada vez más con los tesoros de las virtudes del Evangelio; y cuando estallaba la persecucion, en la terrible alternativa en que se hallaban de ver perecer á sus hijos en el tiempo ó de perderlos para la eternidad, aquellas madres heroicas no vacilaban un solo instante en presentarlos ellas mismas á los tiranos para hacerlos mártires, ántes que verlos vivir en la apostasia. Ved aquí algunos de esos ejemplos de ternura material, depurada, ennoblecida y elevada á su más alto grado por la fe. La mujer no se ha presentado jamas en ninguna parte más grande.

Comencemos recordando el valor sublime de aquella madre verdaderamente cristiana que, á pesar del edicto del emperador Va-

(1) «Extendit ergo manum beatissimus Adrianus, et porrexit eam Natalia; illa imposuit illam incudi, et carnifices similiter eam amputarunt. Mox spiritum reddidit.» (*A. Lap., in 1, ad Cor., VII.*)

lente, que mandaba dar muerte á todos los que entrasen en la iglesia de los católicos para asistir á los divinos misterios, se atrevió á entrar en ella, llevando de la mano á su tierno hijo. Al verla atravesar la fila de soldados que cubria la calle, Modesto, prefecto de la ciudad, la hace detener y le dice: «¿Dónde vas tan deprisa?— Yo soy católica, le responde, y me apresuro á llegar cuanto ántes á la asamblea de los católicos.— Y ¿no sabes tú que yo estoy encargado de hacer morir á todos los que se encuentren en ella?— Lo sé muy bien, y por eso me doy prisa, temiendo perder esta buena ocasion de sufrir el martirio.— ¿Y por qué llevas ese niño?— Este es mi hijo, y quiero que participe de la misma felicidad.» Admirado y confundido Modesto al ver tanta fe y tanto valor en una madre, se dirige al Emperador, le persuade que es inútil luchar con una religion que inspira tales sentimientos, y obtiene de él que revoque su edicto. Y así, una palabra de una mujer hizo cesar una persecucion atroz, y aseguró la libertad y la vida á millones de cristianos.

Ved aquí una cosa todavía mas heroica. El emperador Adriano, despues de haber edificado su magnífica ciudad, cuyas grandes ruinas se ven todavía en el camino de Roma á Tívoli, y de haberla cubierto de templos en honor de los dioses, quiso saber si estaban contentos de él, y si aquellas fundaciones harian su felicidad. Los dioses de los gentiles, como dice la Escritura, no son otra cosa que demonios, *Dii gentium demonia* (*Psal.*), que hablan muchas veces, como en esta ocasion, por medio de hombres llenos de su espíritu. Por consiguiente, la respuesta que ellos dieron fué esta: «La viuda Sinforosa con sus siete hijos nos desgarran diariamente cuando invoca á su Dios. Si el Emperador consigue que ella y sus hijos nos ofrezcan sacrificios, le será concedido todo cuanto pide.» (*Act. Sinc. Mart.*)

No fué necesario más para que Adriano hiciese prender á esta santa madre y á sus hijos, exhortándoles primero con dulzura á que sacrificasen á los dioses. «Nosotros no lo harémos, le respondió la noble é intrépida matrona. Mi esposo Getulio y su hermano Amancio, que fueron tribunos, sufrieron toda clase de tormentos y se dejaron degollar por el nombre de Jesús Cristo, ántes que sacrificar á los ídolos (*Martírol.*, 10 Jun.), y con su muerte triunfaron de vuestros demonios. Su muerte les cubrió de ignominia ante los

hombres, pero los llenó de gloria ante los ángeles, y al presente gozan en el cielo de la vida eterna.» Nada es más bello que este lenguaje en la boca de una mujer en presencia del señor del mundo. Pero Adriano tenia el alma muy baja para conocer tanta grandeza. Indignado, pues, de esta noble respuesta, le dice: «Ó sacrificas á los dioses omnipotentes con tus hijos, ó te sacrificaré á tí con ellos.— Vuestros dioses, respondió Sinforosa, no pueden recibirme en sacrificio; por el contrario, si soy quemada por el nombre de Jesús Cristo, haré que sean más atroces las llamas con que son atormentados vuestros demonios.— Sinforosa, replica Adriano, déjate de largos discursos; de estas dos cosas una: ó sacrificas á mis dioses, ó pereces miserablemente.— Esas amenazas no me harán mudar de propósito; yo no las temo; al contrario, lo que más deseo es verlas cumplidas. Esto cumplirá mis deseos de ir á reposar al seno de Dios con mi esposo, á quien disteis muerte por el nombre de Jesús Cristo.» La conducen al templo de Hércules, la abofetean cruelmente en presencia del pueblo, la suspenden de los cabellos, la azotan, y no pudiendo hacer que mudase su santa resolucion, le atan una enorme piedra al cuello, y la arrojan en la cima donde se precipita el Aniano desde una grande altura, cerca de Tívoli.

Animados los siete hijos, Crescencio, Juliano, Nemesio, Stracté, Eugenia, Primitiva y Justina, con el ejemplo de constancia que les acababa de dar su santa madre, y con sus últimas exhortaciones á sufrirlo todo por la confesion del Señor, la siguieron en el mismo camino, con el mismo valor; de modo que, habiendo sido ella miéntras vivió, su apóstol y su maestro en la fe, al morir fué su guía, que los condujo al martirio (1). Clavaron seis palos al rededor del templo de Hércules, se les ató á ellos y se les extendió por medio de garruchas; se les hirió en diversas partes del cuerpo y se les atormentó hasta darles muerte; y ni uno solo de aquellos jóvenes héroes vaciló ni dejó de recibir su corona, sino que todos ellos fueron á unirse en aquel mismo dia á su sublime madre, que los esperaba en la puerta del cielo.

Santa Felicitas sufrió una prueba todavía más dura, porque no precedió, sino que siguió á sus siete hijos en el camino del marti-

(1) «*Quorum pietas, multis variisque tentata suppliciis, cum stabilis permaneret, mater, quæ filiis fidei magistra fuerat, dux eisdem ad martyrium extitit.*» (*Brev. Rom.*)

rio. Esta es otra Santa Felicitas, distinta de la que fué martirizada con Santa Pepétua. Aquélla era esclava, y ésta era una matrona romana, de una familia patricia y de la más alta distincion. Aquélla sufrió el martirio, como hemos visto, en África, y ésta en Roma. Los sacerdotes de los templos de Roma fueron los que la denunciaron al emperador Marco Aurelio en estos términos: «Esta viuda, con sus hijos, insulta á nuestros dioses. Tened cuidado, príncipe, que va en ello vuestra salud; porque debe saber vuestra piedad que si esta mujer no adora á nuestros dioses, ellos se irritarán de tal manera, que no habrá medio alguno de aplacarlos» (1).

Marco Aurelio era filósofo; pero su filosofía no lo libraba de los accesos de intolerancia cruel, propia de los paganos, ni del temor de desagradar á los ministros de la supersticion, tan poderosa entonces en Roma. Él manda, pues, á Publio, su prefecto, que se valga de todos los medios posibles para que Felicitas y sus hijos sacrifiquen sin demora alguna á los dioses, en virtud de los edictos de los emperadores. Presentada ante el tribunal del prefecto, y obligada á sacrificar á los ídolos, se niega, llena de horror, diciendo: «Yo declaro públicamente que ni vuestras promesas podrán seducirme, ni vuestras amenazas intimidarme. Yo tengo en mí el Espíritu Santo, que no permitirá que sea vencida por el demonio. Yo tengo tambien una entera confianza en mi Dios de que, mientras permanezca viva, os venceré, y despues de muerta, triunfaré de vosotros todavía mejor.—Insensata, le dice Publio, si la muerte tiene para tí tantos encantos, deja á lo ménos que tus hijos vivan» (2). Y Felicitas, con un acento firme y seguro, le responde: «Precisamente si mis hijos no sacrifican á los dioses vivirán eternamente; mas si por desgracia cometiesen tal sacrilegio, entonces sería cuando perecerian, y su muerte sería eterna. Vuestra compasion, pues, es una impiedad, y vuestras dulces palabras un asesinato.» Despues de haberle dado algunos dias para reflexionar, la llaman de nuevo, se le hace la misma intimacion, y se le añade: «Felicitas, ten piedad de tus hijos, de tan bellas esperanzas. ¡Son tan hermosos, tan

(1) «Contra salutem vestram, mulier hæc vidua cum filiis suis diis nostris insultat. Quæ si non venerata fuerit deos, sciat pietas vestra deos nostros sic irasci, ut penitus placari non possint.» (*Act. Martyr.*)

(2) «Misera, si tibi suave est mori, vel filios tuos fac vivere.» (*Act. Martyr.*)

jóvenes y tan llenos de vida! ¡Qué lástima será verlos perecer!» (1). Y la madre, dirigiéndose á ellos, les dice: «Hijos míos, alzad los ojos y mirad al cielo; allí os espera Jesucristo con sus santos para abrazaros y coronaros. Pelead por la salvacion de vuestras almas, y sed fieles á su amor.» En vano el prefecto hace que le den de bofetadas, diciéndole: «Eres muy atrevida en darles á mi presencia tales consejos, en menosprecio de las órdenes de nuestros jefes.» La noble matrona responde sin temor y sin cólera: «Y yo no hago más que cumplir las órdenes de mi jefe, Jesucristo. Yo soy una madre cristiana, y una madre cristiana no puede ni debe obrar sino de este modo.» Y ella continúa exhortando á sus hijos á que no teman los suplicios de la tierra, é indicándoles la recompensa que les espera en el cielo.

Se procede al interrogatorio de los hijos, y todos ellos se muestran dignos de tan heroica madre, dignos de los cuidados con que los ha instruido en la religion del Evangelio, dignos de los sentimientos sublimes que les ha sabido inspirar. Habiendo declarado el primero de ellos, llamado Januario, que, siendo cristiano, no adoraria jamas á los ídolos, es azotado. Lo mismo hacen con Félix. Intimidado tambien Felipe para que sacrifique á los dioses poderosos, responde: «Esos á quienes se quiere que yo sacrifique, ni son dioses ni son poderosos; no son más que vanos simulacros, y todo el que los adora se precipita en una infelicidad eterna.» Silvano dice igualmente: «Si nosotros temiésemos la pérdida de la vida temporal, con que nos amenazais, caeriamos en un suplicio eterno; pero como sabemos ciertamente las recompensas que están reservadas para los justos, y los castigos que aguardan á los pecadores, despreciamos sin temor las leyes del hombre por observar la ley de Dios.» Habiendo sido presentado en seguida Alejandro, dijo: «Yo soy siervo de Jesucristo; yo le confieso con mi boca, le creo con todo mi corazon, le amo con toda mi alma, le adoro con todo mi entendimiento, y no quiero más que á Él. Así, pues, ya veis en mi tierna edad la sabiduría de los ancianos.» Vital, reemplazando á Alejandro, repite la misma confesion que éste; y finalmente, Marcial, el más jóven de todos, dice al tirano: «¡Oh, si supieseis os

(1) «Miserere filiis tuis juvenibus et flore primo juventutis florentibus.» (*Act. Martyr.*)

tormentos que están preparados para los que adoran á los demonios! Dios no quiere hacer que su justicia estalle todavía sobre vos; mas al fin todos los que no confiesen que Jesucristo es Dios serán arrojados al fuego eterno.»

No hay palabras con que poder expresar los sentimientos de la santa madre al oír á sus hijos confesar la fe de Jesucristo con tanta sabiduría y con tanto valor. Estaba extasiada de un gozo celestial, estaba santamente embriagada de amor, dando gracias á Dios por haberla hecho madre de tales hijos. Pero esta misma felicidad de verlos tan santos y tan perfectos no hizo más que aumentar su dolor al verlos perecer. Así, pues, en cuanto á heroísmo de mujer cristiana, y en cuanto á celo por la salvación eterna de sus hijos, nadie iguala á la gloria de Santa Felicitas. Ella ve á sus queridos hijos uno tras otro, exánimes á fuerza de golpes, precipitados desde una altura, destrozados, descuartizados y muertos de la manera más cruel, y por consiguiente, ella bebe lentamente y á tragos el cáliz de la pasión más dolorosa para el corazón de una madre, y es siete veces mártir en las personas de sus hijos, ántes de serlo la octava vez en su propia persona. Las madres se afligen más por los dolores de sus hijos que por sus propios dolores; todo cuanto ellos sufren en su cuerpo, lo sufren ellas en su alma. Y ¿qué hacía esta sublime madre durante la horrible carnicería que hicieron, en su presencia, de los castos frutos de sus entrañas? Pensando en la vida eterna, más bien que en la vida temporal, de sus hijos, firme, intrépida, impasible, con los ojos secos, mientras que su alma vertía sangre, haciéndose superior á su amor terreno y á su dolor, no hacía otra cosa que exhortarlos á la paciencia y animarlos para sufrir una muerte que satisfacía su corazón de cristiana, desgarrando su corazón de madre. Y ella fué tan dichosa, que vió á todos sus siete hijos asegurar la salvación de sus almas y merecer sus coronas, ántes que ella asegurase con el martirio su salvación y mereciese su propia corona.

¡Oh madre admirable, madre heroica, madre modelo de las madres cristianas! Así los padres de la Iglesia han rivalizado en celo para hacer su elogio: «Un grande y sublime espectáculo, decía San Agustín á su auditorio en el aniversario de esta mujer ocho veces mártir; un grande y sublime espectáculo se ofrece, hermanos míos, á los ojos de vuestra fe. Mientras que, en la lectura que se nos

acaba de hacer del martirio de Santa Felicitas, lo hemos escuchado por nuestros oídos, hemos visto con nuestro corazón una madre deseando ver á sus hijos acabar la vida ántes que ella acabase la suya, contra los sentimientos de la naturaleza humana; porque todos los padres desean que sus hijos les sigan, y no les precedan, en el camino del sepulcro. Nuestra Santa, por el contrario, desea morir la última. ¡Ah! Esto consistía en que ella sabía muy bien que, viendo á sus hijos morir por Jesucristo, no los perdía, sino que los enviaba al cielo ántes que ella. Así ella no se inquietaba por la vida que iban á terminar, sino que se alegraba por la vida nueva que iban á comenzar; porque al dejar de vivir en este mundo, donde tarde ó temprano tenían que morir, iban á comenzar á vivir donde deben vivir para siempre. ¡Oh mujer admirable, mucho más fecunda por sus virtudes que por sus partos! ¡Oh mujer dichosa en haber visto triunfar en el combate aquellos en quienes combatía ella misma y triunfaba ella misma!» (1).

San Gregorio el Grande, explicando el día de la fiesta de Santa Felicitas estas palabras del Salvador: *El que hace la voluntad de mi Padre es mi verdadero hermano, mi hermana y mi madre*, dice: «Es necesario que sepamos que, así como el hombre cristiano se hace el verdadero hermano, y la mujer cristiana la verdadera hermana del Señor por la fe y el bautismo, así también el uno y el otro se hacen la verdadera madre del mismo Señor por la predicación. Porque aquel que, predicando á Jesucristo á otros, los atrae á Él, lo da á luz en cierto modo en su corazón, y por lo mismo se hace él también la madre de Jesucristo, por el amor de Jesucristo que infunde con su palabra en el alma de su prójimo. La bienaventurada Felicitas confirma con su ejemplo esta importante doctrina. Al creer en Jesucristo, se hizo su hermano; pero al predicarlo á los

(1) «Magnum spectaculum, fratres, positum est ante oculos fidei vestrae. Aure audivimus, corde vidimus optantem matrem ante se finire vitam filios suos: longe contrariis votis consuetudinis humanæ. Omnes enim filios suos, ex hac vita migrando, præcedere volunt, non sequi. Illa autem optavit posteriori mori. Non enim amittebat filios, sed præmittebat; nec intuebatur quam vitam finirent, sed quam inchoarent. Desinebant enim vivere, ubi quandoque fuerant morituri et incipiebant vivere sine fine victuri. Fecudior virtutibus quam fetibus, videns certantes, in quibus omnibus illa certabat; et in omnibus vincentibus, illa vincebat.» (Serm. 110, *De divers.*)

otros, se hizo también su madre (1). Vosotros sabéis que esta heroica mujer tuvo tanto temor de dejar sus siete hijos vivos después de su muerte, como los padres carnales tienen de ver morir á los suyos antes que ellos. Sorprendida por la tormenta de la persecución, sólo pensaba en asociar á ella á sus hijos, y en afirmar sus corazones, por medio de su predicación, en el amor de la patria celestial. De este modo dió á luz segunda vez con su espíritu aquellos mismos hijos que había dado á luz con su cuerpo; más feliz por haberlos hecho nacer á Dios con sus exhortaciones que lo había sido al hacerlos nacer al mundo con su carne. Ella se presentó la primera al martirio, pero fué la octava en recibir la palma» (2).

§ XVI. — Continuación del mismo asunto. — Santa Judita dando gracias á Dios por el martirio de su hijo, de tres años de edad, muerto en su presencia. — Sentimientos sublimes de una santa madre, que presenta ella misma su hijo al verdugo para que haga de él un mártir. — Santo entusiasmo de la fe de la madre de San Melitón para que él participase de la gloria de los cuarenta mártires coronados.

Santa Judita, sufriendo el martirio en compañía de su hijo único, llamado Ciriaco, de tres años de edad, llenó de admiración á su juez y á sus verdugos por el prodigio de su heroísmo cristiano, y dejó un bello ejemplo á la Iglesia. Ella era una señora viuda de la más alta nobleza, natural de la villa de Tarso, en Sicilia, porque era de estirpe Real; pero en aquel tiempo no se perdonaba á nadie el crimen de ser cristiano. Reducida á prisión con su hijo, y presentada ante el prefecto de la provincia, Alejandro, se le manda sacrificar á los ídolos; ella se niega resueltamente á ello, diciendo: «Yo no pue-

(1) «Sciendum nobis est quia Christi soror et frater est credendo, mater efficitur prædicando. Quasi enim parit Dominum, quem cordi audientis infuderit; et mater ejus prædicando efficitur, si per ejus vocem amor Domini in proximi mente generatur. Ad quam rem nobis idonea confirmanda, ad est beata Felicitas, quæ credendo stitit ancilla Christi et prædicando facta est mater Christi.»

(2) «Septem filios sic post se timuit vivos relinquere, sicut carnales parentes solent metuere ne mortuos præmittant. In persecutionis labore deprehensa, filiorum corda in amore superne patriæ prædicando obfirmavit, et parturivit spiritu quos carne pepererat: ut prædicatione pareret Deo quos carne pepererat mundo. Ad pœnam prima venit, sed pervenit octava.»

do hacerlo, porque soy cristiana.» Le arrancan su hijo de los brazos; la arrojan en el suelo, la azotan cruelmente con nervios de toro, á vista de su propio hijo, que no apartaba los ojos de su madre, y que hacía los mayores esfuerzos por ir á unirse á ella y participar de sus dolores en tanto que la santa mujer no hacía más que repetir con un semblante tranquilo y alegre: «Yo soy cristiana y no sacrifico á los ídolos.» En vano el gobernador, que tenía al niño sobre sus rodillas, lo halaga, lo acaricia y trata de contener su llanto. El niño aparta su rostro de él, lo rechaza con sus manos, le da golpes con sus piés y le araña el rostro, repitiendo como su madre: «¡Yo soy cristiano, yo soy cristiano!» El gobernador, irritado, lo coge entonces por un pié y lo tira al suelo desde lo alto de su tribunal. La cabeza del niño se rompe, los sesos se derraman por la sala con su sangre y salpican el rostro de su madre. Ella ve todo esto, ella ve espirar á su hijo querido en su presencia de una manera tan trágica; y en vez de quejarse, dice: «¡Señor, yo os doy gracias porque habeis querido que mi hijo reciba en mi presencia la corona de la inmortalidad!»

Desgarran sus costados, derraman sobre sus piés pez ardiendo, y le dicen: «Judita, ten piedad de tí misma; sacrifica á los dioses; librate de los tormentos, para que no mueras tan miserablemente como tu hijo.» Pero ella no da más respuesta que ésta: «Yo no sacrifico á unas estatuas sordas y mudas, que no representan más que demonios. Yo adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, por quien el Padre lo ha hecho y reparado. Yo no temo la muerte; yo la deseo. ¡Oh, cuánto tardó en reunirme á mi hijo en el reino de los cielos!» Le cortan la cabeza, y queda satisfecho su deseo, que la fe más viva le inspiraba. (*Act. Sanct.*, 16 Jun.)

Ved aquí otro ejemplo de la grandeza de alma, de la constancia y de la fe sublime de la madre católica. Atormentaban cruelmente en Antioquía á San Roman, diácono de la iglesia de Cesárea; mas el noble confesor, como sucedía frecuentemente, olvidando sus horribles tormentos y convirtiendo el potro de dolor en que estaba en cátedra de verdad, no cesaba de probar á su juez y á sus verdugos la vanidad de los ídolos, y de predicarles la religión cristiana. Y como le presentasen continuamente nuevas dificultades, hizo á sus adversarios esta proposición: «Traed aquí un niño inocente preguntadle vosotros mismos lo que piensa respecto á la verdadera